

GRUPO GERMINAL

(en defensa del marxismo)



cuadernos de formación marxista

A NOVENTA AÑOS DEL MANIFIESTO COMUNISTA ¹

León Trotsky

¡Es difícil imaginar que únicamente faltan diez años para el centenario del *Manifiesto del Partido Comunista*! Este manifiesto, el más genial de todos los de la literatura mundial, sorprende hoy en día por su sana frescura. Las partes principales parecen haber sido escritas ayer mismo. Verdaderamente los jóvenes autores (Marx tenía veintinueve años, Engels veintisiete) supieron mirar hacia el futuro como nadie lo hizo antes de ellos y, probablemente, después.

Ya en el prefacio a la edición de 1872, Marx y Engels indicaron que, aunque algunas partes secundarias del *Manifiesto* habían envejecido, no se creían con derecho a modificar el texto primitivo puesto que, durante los veinticinco años

transcurridos, el *Manifiesto* se había convertido en un documento histórico. Sesenta y cinco años han pasado después. Determinadas partes aisladas del *Manifiesto* han quedado aún más hundidas en el pasado. Nos esforzaremos en presentar en este prefacio, bajo una forma resumida, las ideas del *Manifiesto* que han conservado íntegramente su fuerza y, al mismo tiempo, aquellas que hoy en día necesitan serias modificaciones o ser complementadas.

1.- La concepción materialista de la historia, descubierta por Marx poco tiempo antes de la publicación del *Manifiesto* y que se aplica en él de una forma perfectamente magistral, ha resistido la prueba de los acontecimientos y los golpes de la crítica hostil: hoy en día constituye un de los instrumentos más preciosos del pensamiento humano. Todo el resto de interpretaciones del proceso histórico han perdido todo valor científico. Puede decirse con total seguridad que actualmente es imposible ya no sólo ser un militante revolucionario sino, simplemente, un hombre políticamente instruido sin haber asimilado la concepción materialista de la historia.

2.- El primer capítulo del *Manifiesto* comienza por la siguiente frase: “La historia de todas las sociedades que han existido hasta nuestros días es la historia de las luchas de clases.”

Ésta tesis, que constituye la conclusión más importante de la concepción materialista de la historia, no ha tardado en devenir, ella misma, objeto de la lucha de clases. La teoría (que reemplazaba el “bienestar común”, “la unidad nacional” y las “verdades eternas de la moral” por la lucha de los intereses materiales considerados como las fuerzas motrices) ha recibido ataques particularmente encarnizados por parte de los hipócritas reaccionarios, de los doctrinarios liberales y de los demócratas idealistas. Después se les unieron (esta vez en el seno del mismo movimiento obrero) los revisionistas, es decir: los partidarios de la revisión del marxismo dentro del espíritu de colaboración y reconciliación entre las clases. Por fin, hoy en día, los despreciables epígonos de la Internacional Comunista (los “estalinistas”) han tomado el mismo camino: la política que llamada de los “Frentes Populares” se deduce enteramente de la negación de las leyes de la lucha de clases. Con todo, es la época del imperialismo la que, llevando hasta el extremo todas las contradicciones sociales, constituye el triunfo *teórico* del *Manifiesto Comunista*.

3.- La anatomía del capitalismo en tanto que estadio determinado de la evolución económica de la sociedad fue explicada por Marx, de una manera acabada, en su obra *El Capital* (1867). Pero ya en el *Manifiesto Comunista* están trazadas, con firmeza, las líneas fundamentales de su futuro análisis: la retribución del trabajo en la medida indispensable para la producción; la apropiación de la plusvalía; la competencia como ley fundamental de las

relaciones sociales; la ruina de las clases medias, es decir de la pequeña burguesía de las ciudades y del campo; la concentración de las riquezas en manos de un número cada vez más reducido de poseedores, en un polo, y el aumento numérico del proletariado en el otro; la preparación de las condiciones materiales y políticas del régimen socialista.

4.- La tesis del *Manifiesto* sobre la tendencia del capitalismo a hacer bajar el nivel de vida de los obreros se ha visto sometida a un violento fuego. Los rectores, profesores, ministros, periodistas, teóricas socialdemócratas y dirigentes sindicales se han alzado contra la teoría de la “pauperización” progresiva. Esta gente ha descubierto, invariablemente, el creciente bienestar de los trabajadores haciendo pasar a la aristocracia obrera por el proletariado o a una tendencia temporal por una tendencia general. Al mismo tiempo, la misma evolución del capitalismo más pujante (el de América del Norte) ha transformado a millones de obreros en pobres, mantenidos a costa de la caridad estatal, municipal o privada.

5.- En oposición al *Manifiesto*, que describía las crisis comerciales-industriales como una serie de catástrofes crecientes, los revisionistas afirman que el desarrollo nacional e internacional de los trusts garantiza el control del mercado y lleva gradualmente al control de las crisis. Es cierto que el final del último siglo y el principio de este se han distinguido por un desarrollo tan impetuoso que las crisis sólo semejaban paros “accidentales”. Pero esta época se ha cumplido irremediamente. En último análisis, también en esta cuestión, la verdad se ha puesto del lado del *Manifiesto*.

6.- “El gobierno moderno sólo es una delegación que gestiona los asuntos comunes de toda la clase burguesa.” En esta fórmula concentrada, que a las cabezas socialdemócratas les parece una paradoja periodística, está contenida, en realidad, la única teoría científica del Estado. La democracia creada por la burguesía no es un caparazón vacío que se pueda llenar pacíficamente del contenido de clase que se desee, muy al contrario de lo que pensaban Bernstein y Kaustky. La democracia burguesa sólo puede servir a la burguesía. El gobierno del “Frente Popular”, ya sea dirigido por Blum o ya por Chautemps, por Largo Caballero o por Negrín, únicamente es “una delegación que gestiona los asuntos comunes de toda la clase burguesa.” Cuando esta “delegación” maneja mal los asuntos, la burguesía la expulsa con un puntapie.

7.- “Toda lucha de clases es una lucha política.” “La organización de los proletarios en clase y, por lo tanto, en partido político...” Los sindicalistas, por una parte, y los anarco-sindicalistas, por la otra, han rehuído durante mucho tiempo la comprensión de estas leyes históricas, y hoy en día aún intentan hacerlo. El sindicalismo “puro” recibe hoy día un golpe terrible en su principal

refugio, los Estados Unidos. El anarco-sindicalismo ha sufrido un irreparable descalabro en su último bastión, España. En esta cuestión también tenía razón el *Manifiesto*.

8.- El proletariado no puede conquistar el poder dentro del marco de las leyes dictadas por la burguesía. “Los comunistas...Proclaman abiertamente que sus objetivos sólo pueden ser alcanzados derrocando por la violencia todo el orden social existente.” El reformismo ha intentado explicar ésta tesis del *Manifiesto* por la falta de madurez del movimiento en la época y por el insuficiente desarrollo de la democracia. La suerte de las “democracias” italiana, alemana y de una larga serie de otras, demuestra que, si hay alguna cosa poco madura, esta es el conjunto de las mismas ideas reformistas.

9.- Para realizar la transformación socialista de la sociedad es necesario que la clase obrera concentre en sus manos el poder capaz de romper todos los obstáculos políticos a la vía hacia el nuevo orden. El “proletariado organizado en clase dominante” es la dictadura. Al mismo tiempo, es la única democracia proletaria. Su envergadura y profundidad dependen de las condiciones históricas concretas. Cuanto más grande sea el número de estados que se adentren en la revolución socialista más libres y suaves serán las formas de la dictadura y la democracia obrera será más amplia y profunda.

10.- El desarrollo internacional del capitalismo implica el carácter internacional de la revolución proletaria. “La acción común del proletariado, al menos el de los países civilizados, es una de las primeras condiciones de su emancipación.” El desarrollo ulterior del capitalismo ha unido de tal forma las partes de nuestro planeta, “civilizadas” y “no civilizadas”, que el problema de la revolución socialista ha tomado un carácter, completa y definitivamente, mundial. La burocracia soviética ha intentado liquidar el *Manifiesto* en esta cuestión fundamental. La degeneración bonapartista del Estado Soviético ha sido la mortal ilustración de la falsedad de la teoría del socialismo en un sólo país.

11.- “Una vez que en el curso del desarrollo hayan desaparecido las diferencias de clase y se haya concentrado toda la producción en manos de los individuos asociados, el Poder público perderá su carácter político.” Dicho de otra forma: el Estado desaparece. Queda la sociedad liberada de su camisa de fuerza. Eso es el socialismo. El teorema inverso, el monstruoso crecimiento de la coerción del Estado en la URSS, demuestra que la sociedad se aleja del socialismo.

12.- “Los obreros no tienen patria.” Esta frase del *Manifiesto* a menudo ha sido juzgada por los filisteos como una *boutade* buena para la agitación. En realidad, esta frase suministra al proletariado la única directriz razonada sobre el problema de la “patria” socialista. La supresión de esta directriz por la II

Internacional comportó no sólo la destrucción de Europa durante cuatro años sino, peor aún, el actual estancamiento de la cultura mundial. Frente al acercamiento de la nueva guerra, el *Manifiesto* continúa siendo, hoy en día aún, el consejero más seguro en la cuestión de la “patria” capitalista.

Vemos, pues, que la pequeña obra de los dos jóvenes autores sigue suministrando indicaciones irreemplazables en las cuestiones fundamentales y más candentes de la lucha de liberación. ¿Qué otro libro podría compararse, incluso de lejos, con el *Manifiesto Comunista*? Esto, sin embargo, no quiere decir que, después de noventa años de desarrollo sin precedentes de las fuerzas productivas y de grandiosas luchas sociales, el *Manifiesto* no precise correcciones y ser complementado. El pensamiento revolucionario no tiene nada en común con la idolatría. Los programas y los pronósticos se verifican y se corrigen a la luz de la experiencia que es, para el pensamiento humano, la instancia suprema. Correcciones y complementos, de los que es testigo la misma experiencia histórica, únicamente pueden ser aportados con éxito partiendo del método que está en la base del *Manifiesto*. Trataremos de demostrarlo con la ayuda de los ejemplos más importantes.

1.- Marx enseñó que ningún orden social abandona la escena antes de haber agotado sus posibilidades creadoras. El *Manifiesto* critica al capitalismo porque éste dificulta el desarrollo de las fuerzas productivas. Sin embargo, en la época en la que fue escrito, así como en el curso de los decenios siguientes, este freno era únicamente *relativo*: si en la segunda mitad del siglo XIX la economía se hubiese podido organizar sobre fundamentos socialistas su crecimiento hubiese sido incomparablemente más rápido. Esta tesis, teóricamente irrefutable, no cambia en nada por el hecho que las fuerzas productivas hayan continuado creciendo, a escala mundial, sin interrupción hasta la guerra mundial. Únicamente en el curso de los últimos veinte años se ha abierto el período de estancamiento directo e, incluso, del declive de la economía mundial, y ello a pesar de los descubrimientos más modernos de la ciencia y la técnica. La humanidad comienza a vivir a costa del capital acumulado y la próxima guerra amenaza destruir, por mucho tiempo, las mismas bases de la civilización. Los autores del *Manifiesto* daban por supuesto que el capital se rompería mucho antes de transformarse, de régimen relativamente reaccionario, en régimen

absolutamente reaccionario. Esta transformación sólo se ha concretado ante la mirada del actual generación y ha hecho de nuestra época la de las guerras, revoluciones y del fascismo.

2.- El error de Marx y Engels en cuanto a los plazos históricos era producto, por una parte, de haber subestimado las posibilidades ulteriores inherentes al capitalismo y, por otra parte, de la sobrestimación de la madurez revolucionaria del proletariado. La revolución de 1848 no se transformó en revolución socialista, como el *Manifiesto* había dado por supuesto, sino que le abrió a Alemania la posibilidad de una expansión formidable. La Comuna de París demostró que el proletariado no puede arrancar el poder a la burguesía sin tener a la cabeza un partido revolucionario experimentado. Ahora bien, el largo período de pujanza que sentó se tradujo no en la educación de una vanguardia revolucionaria sino, por el contrario, en la degeneración burguesa de la burocracia obrera que devino, a su vez, en el principal freno de la revolución proletaria. Esta “dialéctica” no podían preverla ni los mismos autores del *Manifiesto*.

3.- El capitalismo es, para el *Manifiesto*, el reino de la libre competencia. Hablando de la creciente concentración del capital, el *Manifiesto* no extrajo aún la necesaria conclusión sobre el monopolio, que ha devenido la forma dominante del capital en nuestra época y la más importante premisa de la economía socialista. Sólo más tarde Marx constató, en *El Capital*, la tendencia a la transformación en monopolio de la libre competencia. La caracterización científica del capitalismo monopolista ha sido hecha por Lenin en su *El imperialismo, fase superior del capitalismo*.

4.- Refiriéndose sobretodo al ejemplo de la “revolución industrial” inglesa, los autores del *Manifiesto* presentaron de forma muy rectilínea el proceso de liquidación de las clases intermedias bajo la forma de una total proletarización de la clase de los artesanos, del pequeño comercio y los campesinos. En realidad, las fuerzas elementales de la competencia están lejos de haber acabado esta obra al mismo tiempo progresista y bárbara. El capital ha arruinado a la pequeña burguesía mucho más aprisa que no la ha proletarizado. Por otra parte, la política consciente del Estado burgués intenta, desde hace ya tiempo, conservar artificialmente a las capas pequeño burguesas. El desarrollo de la técnica y la racionalización de la gran producción, a pesar de que engendra un paro orgánico, frenan, por el contrario, la proletarización de la pequeña burguesía. Al mismo tiempo, el desarrollo del capitalismo ha acrecido de forma extraordinaria el ejército de los técnicos, administrativos, empleados de comercio, en una palabra: de todo aquello que se llama “nuevas clases medias”. El resultado ha sido que las clases medias, de las que el *Manifiesto* preveía de forma tan categórica su desaparición, constituyen casi la mitad de la población

incluso en países tan intensamente industrializados como Alemania. Pero la conservación artificial de las capas pequeño burguesas, caducadas desde hace ya mucho tiempo, no atenúa en nada las contradicciones sociales. Muy al contrario: las convierte en particularmente mórbidas. Uniéndose al ejército permanente de parados, esta capa es la expresión más malsana de la *descomposición* del capitalismo.

5.- *El Manifiesto*, concebido para una época revolucionaria, contiene (al final de su segundo capítulo) diez reivindicaciones que se corresponden con el período de la transición inmediata del capitalismo al socialismo. En su prefacio de 1872, Marx y Engels indicaron que estas reivindicaciones habían envejecido y que, en cualquiera caso, únicamente tenían una significación secundaria. Los reformistas se apoderaron de esta apreciación y la interpretaron en el sentido de que las consignas revolucionarias transitorias cedían el lugar definitivamente al “programa mínimo” de la socialdemocracia que, como es sabido, no sale del marco de la democracia burguesa.

En realidad, los autores del *Manifiesto* indicaron de forma muy precisa la principal corrección que había que hacer a su programa de transición, a saber: “la clase obrera no puede simplemente tomar posesión de la máquina estatal existente y ponerla en marcha para sus propios fines.” Dicho de otra forma: la corrección se enfrentaba al fetichismo de la democracia burguesa. Al Estado capitalista, Marx opone más tarde el Estado del tipo de la Comuna. Este “tipo” ha tomado, después, la forma mucho más concreta de los soviets. Hoy en día no puede haber programa revolucionario sin *soviets* ni sin *control obrero*. En cuanto al resto, a las diez reivindicaciones del *Manifiesto*, que en la época de la plácida actividad parlamentaria parecían “arcaicas”, han revestido, hasta el presente, toda su importancia. Lo que ha envejecido sin esperanza, por el contrario, ha sido el “programa mínimo” de la socialdemocracia.

6.- Para justificar la esperanza en que “la revolución burguesa alemana... únicamente puede ser que el prelude de la revolución proletaria”, *El Manifiesto* invoca las condiciones generales mucho más avanzadas de la civilización europea en relación a la Inglaterra del siglo XVI y a la Francia del siglo XVII y el desarrollo muy superior del proletariado. El error de este pronóstico no consiste únicamente en un error sobre los plazos. Algunos meses más tarde, la revolución de 1848 demostró precisamente que, en la situación de una evolución más avanzada, ninguna de las clases burguesas es capaz de llevar hasta el final la revolución: la gran y media burguesía está demasiado atada a los grandes propietarios de la tierra y muy atenazada a causa del miedo a las masas; la pequeña burguesía está muy dispersa y es muy dependiente, a través de sus dirigentes, de la gran burguesía. Como lo demostró la evolución ulterior en Europa y Asia, la revolución burguesa, tomada aisladamente, no puede

realizarse completamente. La purificación de la sociedad de las piltrafas feudales no se puede realizar más que si el proletariado, liberado de la influencia de los partidos burgueses, es capaz de ponerse a la cabeza de los campesinos y de establecer su dictadura revolucionaria. Por eso mismo, la revolución burguesa se anuda con la primera etapa de la revolución socialista para disolverse en seguida. La revolución nacional deviene, así, un anillo de la revolución internacional. La transformación de los fundamentos económicos y de todas las relaciones de la sociedad toma un carácter permanente.

La clara comprensión de la relación orgánica entre la revolución democrática y la dictadura del proletariado y, consiguientemente, con la revolución socialista internacional, constituye una cuestión de vida o muerte para los partidos revolucionarios de los países atrasados de Asia, América Latina y África.

7.- A pesar que *El Manifiesto* señaló cómo el capitalismo atrapa en su remolino a los países atrasados y bárbaros no menciona, sin embargo, la lucha de los pueblos coloniales y semicoloniales por su independencia. En la medida en la que Marx y Engels pensaban que la revolución socialista, “en los países civilizados como mínimo”, era cuestión de los años inmediatos, la cuestión de las colonias estaba, a sus ojos, resuelta no como el resultado de un movimiento autónomo de los pueblos oprimidos sino como el resultado de la victoria del proletariado en las metrópolis del capitalismo. Por ello las cuestiones de estrategia revolucionaria en los países coloniales y semicoloniales ni afloran en *El Manifiesto*. Pero estas cuestiones exigen soluciones particulares. Así, por ejemplo, es muy evidente que si la “patria nacional” ha devenido el peor freno histórico en los países capitalistas desarrollados, continúa siendo un factor relativamente progresista en los países atrasados que se ven obligados a luchar por su existencia e independencia. “Los comunistas [declara *El Manifiesto*] apoyan en todos los países todo movimiento revolucionario contra la orden político y social establecido.” El movimiento de las razas de color contra los opresores imperialistas es uno de los movimientos más pujante e importante contra el orden establecido y es por ello que exige el apoyo, sin reticencias, del proletariado de raza blanca. El mérito de haber desarrollado la estrategia revolucionaria de los pueblos oprimidos recae sobretodo en Lenin.

8.- La parte más envejecida de *El Manifiesto* (no en cuanto a su método sino en cuanto al objeto) es la crítica de la literatura “socialista” de la primera mitad del siglo XIX y la definición de la posición de los comunistas frente a los diferentes partidos de la oposición. Las tendencias y partidos enumerados en *El Manifiesto* fueron tan radicalmente borrados por la revolución de 1848, o por la contrarrevolución que le siguió, que la historia ni los menciona ya. No obstante, también en esta parte *El Manifiesto* quizá nos sea hoy en día más próximo que no a la generación anterior. En la época de la prosperidad de la II Internacional,

cuando el marxismo parecía reinar sin contestación, las ideas del socialismo de antes de Marx podían ser consideradas como definitivamente superadas. Pero hoy en día no es el caso. La decadencia de la socialdemocracia y de la Internacional Comunista engendra a cada paso monstruosas recidivas ideológicas. El pensamiento senil retrocede, por decirlo así, a la infancia. En la búsqueda de las formulas de salvación, los profetas de la época del declive redescubren doctrinas desde hace ya mucho tiempo soterradas por el socialismo científico. En aquello que concierne a la cuestión de los partidos de la oposición, los decenios pasados han aportado los cambios más profundos: no sólo es que los viejos partidos han sido reemplazados desde hace ya mucho tiempo por otros nuevos sino que, además, el mismo carácter de los partidos y de sus relaciones mutuas ha sido radicalmente modificado bajo las condiciones de la época imperialista. Hay que completar, pues, *El Manifiesto* con los documentos de los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista, con la literatura fundamental del bolchevismo y las decisiones de las conferencias de la IV Internacional.

Hemos recordado más arriba que, para Marx, ningún orden social abandona la escena sin haber agotado sus posibilidades. No obstante, el orden social, incluso caduco, no cede el lugar a un nuevo orden sin resistencia. La sucesión de los regímenes sociales supone la lucha de clases más áspera, es decir: la revolución. Si el proletariado, por cualquier razón, demuestra que es incapaz de derribar el orden burgués que sobrevive, al capital financiero, en su lucha por mantener su dominación resquebrajada, no le queda más remedio que transformar a la pequeña burguesía, que ha conducido a la desesperación y la desmoralización, en un ejército de pogromo del fascismo. La degeneración burguesa de la socialdemocracia y la degeneración fascista de la pequeña burguesía están entrelazadas como causa y efecto.

Hoy en día la III Internacional lleva a cabo en todos los países, con más desenfreno aún, su obra de engaño y desmoralización de los trabajadores. Golpeando a la vanguardia del proletariado español, los mercenarios sin escrúpulos de Moscú no sólo obren la vía al fascismo sino que, aún peor, realizan una buena parte de su trabajo. La larga crisis de la revolución internacional, que se transforma, cada vez más, en crisis de la cultura humana, se resume, en el fondo, en la crisis de la dirección revolucionaria.

Herederas de la gran tradición de la que *El Manifiesto del Partido Comunista* es el eslabón máspreciado, la IV Internacional educa a nuevos cuadros para realizar las antiguas tareas. La teoría es la realidad generalizada. La voluntad apasionada por refundir la estructura de la realidad social, se expresa en una actitud honesta hacia la teoría revolucionaria. El hecho de que al sur del continente negro, nuestros camaradas de ideas hayan traducido por primera vez

El Manifiesto a la lengua de los afrikaans bóers, constituye una confirmación clamorosa de que el pensamiento marxista sólo vive hoy en día bajo la bandera de la IV Internacional. El futuro le pertenece. En el centenario de *El Manifiesto Comunista*, la IV Internacional será la fuerza revolucionaria determinante sobre nuestro planeta.

Edita: Grupo Germinal (en defensa del marxismo)



Para contactar con nosotros: germinal_1917@yahoo.es

¹ Traducción de la edición francesa de 1983, “Quatre-ving-dix années de Manifest Communiste”, en las *Oeuvres* tomo 15, del Institut Léon Trotsky, páginas 229 a 238. El texto es el prefacio a la primera edición en lengua afrikaan *del Manifiesto Comunista*